



## Shigú, el árbol antiguo

Leonor Bravo

Ilustraciones: Claudia Hernández

Coordinación general: Leonor Bravo

Edición y corrección de estilo: María Eugenia Delgado

Diseño y diagramación: Santiago Vásconez

© Girándula, Asociación Ecuatoriana del Libro Infantil y Juvenil, IBBY Ecuador, 2026

Girándula es una organización sin fines de lucro que agrupa a escritores, ilustradores, editoriales, librerías y demás personas e instituciones involucradas en la producción y difusión de la literatura para niños y jóvenes del país.

@girandulaecuador  
@maratondelcuento  
www.maratondelcuento.com  
096 221 0303  
girandula2013@gmail.com



Entre la montaña y el mar está el Chocó, un bosque antiguo. Desde su rostro verde vio cómo el planeta se cubría de nieve y hielo y quedaba dormido por muchísimo tiempo, hace millones de años. Mientras tanto, él protegía la vida como un tesoro.

En medio de esa selva vive un árbol anciano, que no es tan antiguo como los abuelos de sus tatarabuelos, que estuvieron allí desde el principio, desde los tiempos en que las raíces enamoraron a las piedras, deshaciéndolas lentamente hasta convertirlas en tierra.

El pueblo de los caminantes lo llamó Shigú y a él le gustó. Ese pueblo, que se llamaba a sí mismo yumbo, «los que caminan», conocía la selva como la palma de su mano. Habían creado túneles entre la espesura que los protegían del sol y la lluvia, y llevaban a las



montañas los tesoros del mar: conchas, coral, cacao y frutos que estos pueblos apreciaban mucho, y de las montañas llevaban a los pueblos del mar papas, quinua, sal y obsidiana.

Shigú, el antiguo árbol cuyas ramas tocaban las nubes, estaba poblado de pequeñas plantas que buscaban cobijo entre ellas, mariposas, colibríes, ardillas, guatusos y murciélagos. Era amado por los pueblos vecinos, que venían a consultarlo y a conversar los asuntos importantes entre sus enormes raíces.

El árbol, señor de la selva, cuidaba a todos, a los osos que buscaban achupallas y choclos en la parte baja, y mortiños cerca de los páramos, a las ranas que le cantaban al agua, a las

serpientes que jugaban a las escondidas entre las hojas secas, a los jaguares que vestían trajes decorados con flores negras, a los pumas de ojos rasgados, rápidos para cazar tapires y venados, a los murciélagos que le alegraban las noches con sus historias. Claro que tenía sus preferidos: los pájaros y los insectos que polinizaban sus flores y lo alegraban con sus cantos y sus colores. Había cosas que amaba y cosas que añoraba, como el blanco velo de lluvia y neblina del bosque húmedo, pero se conformaba con el calor de su tierra baja.

Shigú había visto mucho en su larga vida: el tranquilo transcurrir de las aguas de los ríos y cascadas abundantes en la selva, las violentas erupciones



del Pululahua, de la madre Cotacachi y del guagua Pichincha, que llenaban de fuego los azules cielos equinociales, y el nacimiento y la muerte de los seres que lo rodeaban.

Muchos años pasaron hasta que llegó el dolor. Hombres en busca de árboles hermanos, haciendo ruido sobre sus maderas finas y armados primero

con hachas y luego con enormes y ruidosas herramientas. Poco a poco fueron creando vacíos en la espesura, en los que la tierra se secaba y dejaba de ser fértil.

Más tarde llegó el horror. Extraños hombres, vestidos con cascos y brillantes telas metálicas, midieron el espacio y miraron con voracidad la tierra, las



lomas, las cuevas y los ríos. Unas semanas después llegaron las máquinas. Eran muchas. Empezaron a destruir la selva y a mover la tierra. La gente de los pequeños pueblos de los alrededores quiso saber qué hacían ahí y preguntó.

—Esta tierra es muy rica. Aquí hay muchos tesoros y vamos a buscarlos —dijeron los metalizados—. Aquí hay oro, plata, tal vez hasta platino, pero lo que sí hay son las llamadas tierras raras, con las cuales se hacen celulares y computadoras. Son muy apetecidas por la ciencia y la tecnología.

El árbol escuchó, los animales escucharon, las plantas escucharon.

Empezaron a romper la tierra, a hirlarla. Aquellos que sabían la lengua de la tierra oyeron su lamento. El árbol se enojó, toda la selva se enojó.

Shigú habló de día con los animales diurnos y de noche con los nocturnos. Habló con las nubes y con la Madre del monte. Les pidió agua, mucha agua. Y empezó a llover como nunca antes. Llovió mucho y durante largo tiempo. Dicen que fue parecido a lo que cuentan las viejas historias sobre la vez en que llovió tanto que los seres humanos tuvieron que trepar a las montañas para no morir.

Los hombres vestidos de metal no soportaron la lluvia y se fueron. No podían manejar las máquinas con tanta agua.



Shigú conversó con las plantas y con los animales. Todos se pusieron a trabajar día y noche. Mientras llovía, ellos trabajaban. Cuando los hombres vestidos de metal regresaron, encontraron a sus máquinas florecidas, llenas de ramas y de hojas. El acero con el que estaban hechas, los metales incorruptibles con los que se habían fabricado sucumbieron ante la fuerza de la naturaleza. El agua y el trabajo de las plantas y los animales las habían inutilizado.

El árbol sabía que volverían, que su codicia los haría regresar, pero también sabía que podían hacer algo para detenerlos, porque ahora no solo actuaría la naturaleza, estaban los habitantes de los pequeños poblados,



descendientes de los yumbos, los caminantes de la selva, y otros venidos de muchos lados, y la gente de las grandes ciudades que amaba ese lugar. Todos sabían que los hombres vestidos de metal querían dañar esa tierra para sacar de ella sus tesoros, para despojarla de sus metales y llevárselos lejos.

—Lo que es de la tierra no lo destruye nadie —había dicho Shigú—. Nadie va a dañar nuestra tierra, nadie la va a herir. Todos cuidaremos esta maravillosa tierra antigua para que siga tan fértil y verde como antes, para que sus ríos continúen cristalinos como siempre.

Cuando los hombres de metal se marcharon, esa noche hubo fiesta. Las flores hembra del árbol se abrieron y

fueron polinizadas por miles de insectos y pájaros que habían recorrido el bosque en busca del polen de los árboles hermanos de su árbol sagrado. Cientos de hongos luminosos que, con paciencia, habían crecido entre sus lianas, iluminaron el bosque. Todos danzaron alrededor del enorme tronco de Shigú. Ya vendrían otra vez las épocas de lucha, ahora era tiempo de festejar.

Y dicen los que saben escuchar que la tierra, en su lenguaje secreto, cantaba con ellos.





Girándula

ASOCIACIÓN ECUATORIANA  
DEL LIBRO INFANTIL Y JUVENIL

1988

# XIX MARATÓN DEL CUENTO

QUITO UNA CIUDAD  
QUE LEE



GLOBAL GREENGRANTS FUND



Quito renace.



Quito  
GOBIERNO AUTÓNOMO

OEI

CRISFE



Diners Club



CÁMARA  
ECUATORIANA  
DEL LIBRO